

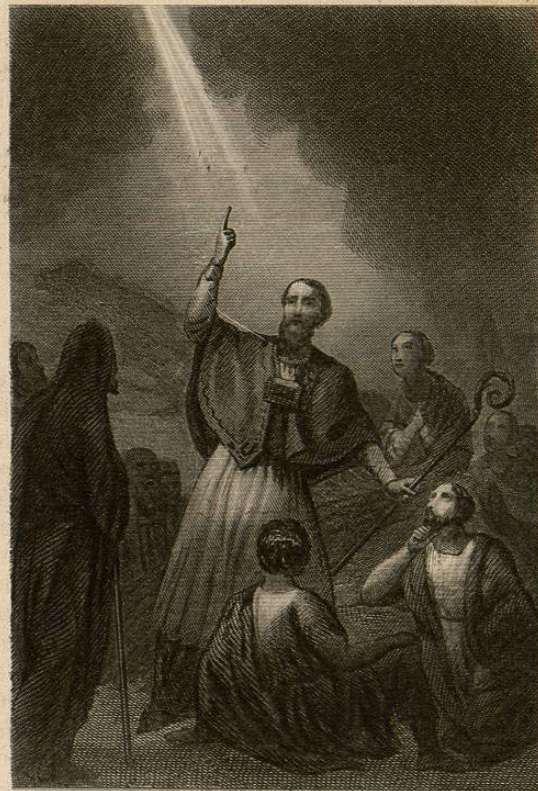
los ejercicios espirituales. Como todos los dias se hace la oracion de la mañana y de la noche; como todos los dias se reza el rosario y se cumple con otras devociones, hay gran peligro de que todo se haga de memoria y por costumbre; y esta, si no se anima cada vez con motivos sobrenaturales, presto degenera. Se reza como por carretilla; se confiesa y se comulga sin fervor; se pone delante de Jesucristo sin devocion y sin respeto; á lo mas, solo se tiene una devocion fria, seca y estéril. No quieras que en adelante sean inútiles para tí unos medios tan poderosos para tu salvacion.

SAN EUGENIO, PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

La santa iglesia de Toledo, primada de las Españas, fecunda madre de ilustres varones que han adornado la Iglesia con sus virtudes y su doctrina, tiene en su sala capitular un catálogo cronológico de sus preladados, á imitacion del que en la iglesia de San Pablo conserva de sus pontífices la santa iglesia de Roma. El primer lugar le ocupa san Eugenio, de cuyos hechos es tan escasa la noticia que nos ha quedado, que apenas se puede determinar con seguridad otra cosa que su existencia y su martirio. La natural curiosidad de los hombres, propensos á investigar todo, y la soberbia de algunos que pretenden la reputacion de sabios á costa de enredar con dudas y dificultades los hechos que son de suyo claros y sencillos, han puesto la historia de san Eugenio en un estado de incertidumbre, que cualquiera noticia de las particularidades de su vida se puede tener por aventurada. Pero la verdadera piedad, que en las leyendas de los santos se contenta con lo instructivo, con tal que estribe en el testimonio de hombres cuerdos que no preten-

T. II.

P. 308.



S. EUGENIO,

PRIMER ARZOB. DE TOLEDO.

den engañar á sus semejantes, desprecia fácilmente, ó á lo menos mira con indiferencia las disputas de los críticos, y recibe con reverencia y edificacion los santos ejemplos que se le presentan. Conforme á este espíritu, referiremos lo que de la vida de san Eugenio han conservado la tradicion y algunos monumentos de muchos siglos despues de su muerte, bien seguros de que el verdadero cristianos hallará en ellos ejemplos de edificacion, motivo de consuelo, y ocasion para dar muchas gracias á Dios por haber dispuesto maravillosamente que en los primeros años del cristianismo se propagase su santa ley en todos los confines de nuestra España, cuyo centro le tocó á san Eugenio.

Nada se sabe de cierto en orden á la patria de este gran santo; ni menos quienes fuesen sus padres, ni los ejercicios de su juventud. Hay quien dice que fué griego de nacion, fundándose en que su nombre es tambien griego; pero como en aquella sazón habia cundido tanto por toda Italia no solamente la lengua griega, sino aun la propagacion de tantas familias que se vieron precisadas á dejar su suelo desde las victorias de Metelo y Sila, es débil fundamento el nombre de Eugenio para persuadirse á que fuese de aquella nacion. Otros le creen nacido en Roma, y no como quiera, sino de las familias ecuestres, atribuyéndole la misma educacion y ejercicios con que se distinguian los caballeros romanos; todo lo cual se dice sin otro fundamento que el de la conjetura. El reverendísimo Florez, viendo que en una materia tan oscura nada se podía afirmar con seguridad, y que aquello parecia mas cierto que tuviese á su favor razones de mayor probabilidad y verosimilitud, fué de parecer que san Eugenio fué español; que, siendo en aquel tiempo España una parte del imperio romano, cuya capital era la árbitra de todos los negocios é intereses propios de la península, es de creer que san Eugenio, por al-

gun grave negocio, pasaria á aquella capital, en donde se instruyó perfectamente de las máximas del Evangelio, y concibió los designios apostólicos que puso en práctica despues. Muévenle á pensar de esta manera el abandono que san Eugenio hizo de las Galias, donde tanto se necesitaban ministros evangélicos, y la predileccion con que miró á España en una sazón en que bastaria para entibiarle cualquier afecto la santa compañía de un san Dionisio que debia perder. Todo esto hace creer que el santo tuvo algun poderoso motivo; y siendo tan natural el amor de la patria, podemos aventurarnos á creer que el santo, no solamente fué español, sino de la provincia de Toledo, pues las razones que dan motivo para creer lo uno, le dan tambien para lo otro. De cualquiera manera que sea, siempre queda lo que dijimos al principio en orden á la incertidumbre de su nacimiento y de su crianza. Si esta puede deducirse ó inferirse de las acciones posteriores de su vida, no podemos menos de suponer que fué muy buena y arreglada. El talento que manifestó siendo ya obispo convence que el cielo le dió las mas bellas disposiciones que se podian apetecer para los altos fines á que le habia destinado. Su ingenio vivo, su decir elocuente y enérgico, y sus dulces costumbres le hacian amable á todos, y sugeto proporcionado para las mayores empresas.

La cronología, que con mayor fundamento se atribuye á este santo, hace coincidir su juventud con aquel tiempo en que el apóstol san Pedro vino á la ciudad de Roma á establecer en ella la cátedra de su pontificado, y hacerla la capital del mundo cristiano, así como lo era del mayor de los imperios. Por este tiempo seducia á aquellas miserables gentes con sus artes mágicas el sacrilego Simon Mago, hombre soberbio y llevado de la manía de hacerse expectable con perjuicio de la verdad, y á costa de ilícitos tratos con

el príncipe de las tinieblas. Con sus artificios habia conseguido, no tan solamente la admiracion de los Romanos, sino tambien la del emperador Neron, genio raro, llevado de lo maravilloso, aunque esto consiste en el extremo de los vicios. El apóstol san Pedro se le opuso con vigor, predicando libremente las máximas de la verdad, y procurando deshacer los errores del embustero. Para este efecto habia dejado á Antioquía, donde habia estado siete años, el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, en donde habia predicado á los judíos. Cuando san Pedro llegó á Roma, acompañado de san Marcos y de muchos otros discípulos, el mismo Simon, que en Palestina habia sido tenido por un embustero, habia llegado en Roma á tan alto grado de reputacion, que fué creído dios, y como á tal le erigieron una estatua en la isla del Tiber, con esta inscripcion: *A Simon, dios santo*. Habian muchos prometido al emperador Neron volar en su presencia; y Simon, tenido por el principal en el arte mágico, lo ofreció tambien, en confirmacion de cuántas ideas habia sembrado contrarias á los cristianos. En el dia que se dispuso para este gran espectáculo, viendo san Pedro y san Pablo que de él podrian resultar funestísimas consecuencias contra la religion cristiana, determinaron ponerse en oracion juntos pidiendo á Dios que en obsequio de su santo nombre confundiese aquel pérfido discípulo de los demonios. Por ministerio de estos voló efectivamente Simon el Mago; pero en medio de su vuelo llegó á toda su eficacia la oracion de los santos apóstoles, y cayó precipitado delante del emperador, habiéndose quebrado las piernas y desconcertado todo su cuerpo de resultas del golpe: subiéronle á un lugar elevado para curarle; pero no pudiendo sufrir los terribles dolores que padecia, se precipitó él mismo, y dió fin á una vida que no debia haber tenido

principio. De resultas de este hecho, y resentido Nerón por la muerte del Mago, que entre otros muchos era su maestro en este arte, mandó prender á san Pedro y san Pablo, y comenzó á manifestarles aquel odio implacable que les conservó hasta la muerte.

Mientras sucedían estas cosas, se hallaban en Roma muchos discípulos de los apóstoles; y entre ellos, según el breviario moderno y muchos antiguos, san Dionisio Areopagita, y san Eugenio, que era compañero y amigo suyo. Tanto por la doctrina de los santos apóstoles como por la visible confirmación con que el cielo la favorecía, se habían radicado más y más en las máximas del Evangelio y religión de Jesucristo. La misma sangre de los apóstoles, que vieron derramar por su nombre, fué como un bálsamo precioso que consolidó en sus almas las altas doctrinas que estaban de antemano establecidas; y la gracia iba disponiendo en estos santos unos obreros evangélicos que fuesen dignos sucesores de los apóstoles. También es natural y verisímil que san Eugenio presenciase la ordenación y misión de san Torcuato y los demás apóstólicos que vinieron á predicar á España, y á proseguir en esta región la grande obra que san Pablo y Santiago habían comenzado primero. Todos estos objetos grabados en su corazón avivarian su espíritu, procurando ejercitarse con los demás fieles y discípulos de los apóstoles en los ejercicios propios de la religión cristiana, y en adquirir toda aquella ciencia y noticias que eran necesarias para formar un buen obispo, y hacer el establecimiento de la religión en una provincia de gentiles. En esto se empleó san Eugenio en compañía de san Dionisio, que unos quieren sea el Areopagita, negándolo otros, hasta el año 68 ó 69 de la era vulgar, en que, señalado san Clemente por sucesor de san Pedro y de san Lino, determinó enviar á las Galias varones apóstólicos que las

sacasen de las tinieblas en que estaban sumergidas, y las alumbrasen con la luz evangélica. Eligió para esta grande obra á san Dionisio, á san Eugenio y á otros cristianos de espíritu, de probidad y de doctrina. Y habiendo ordenado de obispos á los que le pareció conveniente, y entre ellos á san Eugenio, los envió con la bendición de Dios, y los santos con gran confianza en él emprendieron su viaje. Llegaron á las Galias, y según una tradición antigua predicaron en Arlés; pero san Eugenio, bien fuese por motivo de ser su patria España, ó por otro que nos es desconocido, dejando á san Dionisio, que se dirigió á Paris, enderezó su rumbo á esta península, y no le interrumpió hasta llegar á Toledo.

En el camino es fácil de concebir los penosos ejercicios en que se emplearía, unas veces enseñando, otras persuadiendo, y otras, finalmente, combatiendo los errores arraigados en las gentes que encontraba desde tiempo inmemorial. El espíritu con que entró este varón apostólico en España, era el mismo con que había venido Santiago y los siete apóstólicos, y el mismo que ordenó Jesucristo tuviesen cuando dijo á sus apóstoles: *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Estaba España á la sazón hecha por la mayor parte el teatro de la superstición y de todos los errores. San Torcuato y sus compañeros como habían entrado por las provincias meridionales, no habían penetrado en lo interior de la Península; y así, todos sus trabajos no habían hecho otra cosa que preparar los caminos á la verdad, comenzando á disipar las tinieblas del error. Las supersticiones derivadas de los Fenicios y Cartagineses, y otras de origen desconocido, adoptadas ó inventadas por los mismos Españoles desde los tiempos más remotos, se habían retirado al centro. Por lo mismo, debía san Eugenio combatir, no solamente con los

engaños religiosos de la nación, sino con cuantos habian traído de fuera sus tesoros, y con las mismas gentes que vinieron á robarlos. Eugenio, con ánimo esforzado, entra en España cual sol resplandeciente, resuelto á desterrar de su seno las tinieblas, á enseñar la verdad á los Españoles, y á perder en la demanda, si fuese menester, su propia vida. Hizo mansion en Toledo, ciudad famosa y capital de la Carpetania, y segun algunos, vino destinado por obispo de esta ciudad por el papa san Clemente, de acuerdo con san Dionisio. Como su fin no era otro que plantar la religion del Crucificado sin perdonar trabajo ni temer peligros, era preciso que el cielo echase su bendicion sobre todas sus fatigas. En breve tuvo el consuelo de ver una porcion considerable de gentiles convertidos á la fe de Jesucristo; tanto, que formó su iglesia, celebró sacrificios, y lo dispuso todo con aquel orden y liturgia que habia aprendido de los apóstoles y de san Clemente. Al paso que iba creciendo el número de creyentes, se iban multiplicando sus trabajos; pero todos los daba por bien empleados en vista de los copiosos frutos que le producian. Su fervoroso zelo no se ceñia á los muros de la ciudad, sino que, saliendo por los pueblos circunvecinos, se extendia á los Holcades y Carpetanos, pudiéndose gloriarse todos estos pueblos de haber sido san Eugenio el padre de su fe y su apóstol. Mas de veinte años consumió el santo en los ejercicios apostólicos, y en desterrar la supersticion de esta provincia, experimentando en ellos los trabajos y persecuciones que refieren las historias haber padecido los ministros del Evangelio en otras naciones gentílicas. El natural feroz é indomable de los Españoles de aquel tiempo, y la ceguedad y la codicia de los sacerdotes de los idolos, harian verosimil y creíble quanto de san Eugenio se afirmase en orden á padecer persecuciones por el establecimiento de la fe.

El lector piadoso las considerará segun su piedad, su fervor y su talento; pero la historia de san Eugenio no determina nada.

Gozoso el santo con la extension que habia adquirido su iglesia, y lo mucho que se habia multiplicado el rebaño de Jesucristo, quiso verse con san Dionisio para darle nuevas tan felices, y tratar con él de las cosas pertenecientes á su iglesia de Toledo. Arregló los negocios que tenia pendientes: dejó encargado á ministros de su satisfaccion el ministerio de la palabra, y practicó quanto podia sugerir una celestial prudencia á un padre, á un pastor, á un obispo. Hecho esto, se puso en camino para Paris, derramando por todas partes la semilla evangélica y el buen olor de sus inocentes costumbres y santa vida. Era el tiempo en que la segunda persecucion de Domiciano habia llegado á su mayor extremo, en la cual, entre muchos millares de mártires, habian conseguido este glorioso triunfo san Dionisio, obispo de Paris, y sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Cuando san Eugenio llegó á una aldea cercana de Paris, llamada Diolo, supo la suerte venturosa que habia tenido el santo obispo en cuya busca venia; y combatido del dolor por una parte de haber perdido un amigo tan precioso, y por otra de una santa envidia del triunfo, que habia logrado, comenzó á predicar con tal zelo y viveza, que no solo se hizo expectable á aquellas gentes, sino que su fama llegó presto á Paris. Residia allí Sísimo, gobernador de las Galias, en quien se competian la brutalidad de las costumbres y la fiereza. Apenas oyó como san Eugenio predicaba, cuando conceptuó que nada habia hecho con quitar la vida á Dionisio si dejaba con ella al que tanto se le parecia. Envió inmediatamente sus ministros á Diolo con las instrucciones convenientes para hacer el interrogatorio á Eugenio, y en su consecuencia quitarle la

vida. Luego que llegaron á Diolo los ministros infernales, pusieron en ejecucion el decreto del presidente. Llamaron al santo, y aunque con una tibia esperanza de poderle disuadir de la religion que profesaba, le hicieron sus preguntas, é intentaron persuadirle á que, abandonando la religion de Jesucristo, ofreciese incienso á los ídolos como el único medio de salvar la vida, y de no deshorrar su ancianidad venerable con una muerte afrentosa. San Eugenio, con una fortaleza evangélica y digna de un discípulo de los apóstoles y del primer obispo de Toledo, respondió que no reconocia mas que un Dios, criador de los cielos y de la tierra; y á Jesucristo su Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, que habia redimido al mundo derramando su preciosa sangre, que solo á este Dios adoraba; y por el contrario, abominaba y detestaba los ídolos como mudas obras de los hombres é invenciones del demonio. Esta respuesta certificó á los ministros de Satanás de que perdian el tiempo con Eugenio; y así, sin dar mas treguas, le cortaron la cabeza, el día 15 de noviembre del año de 96, que fué el mismo en que murió Domiciano.

Ya sabian los gentiles la singular veneracion que tributaban los cristianos á los sagrados despojos de los que derramaban su sangre por la fe; y para impedir que el cuerpo y cabeza de san Eugenio fuesen participantes de semejantes honores, los echaron en un lago llamado Marcasio, y se volvieron á París muy satisfechos de que habian llenado completamente las intenciones de Sisimo. En este lago permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos, hasta que, queriendo Dios que participase su siervo de los honores que tan justamente merecia, lo proporcionó por una de sus maravillas acostumbradas. Estaba enfermo de peligro un vecino de Diolo, llamado Hercoldo, sugeto rico, noble, y sobre todo piadoso.

Desesperado de las medicinas de la tierra, recurrió á las del cielo por medio de sus oraciones á Dios, para quien ponía por intercesor al glorioso san Dionisio. Oyó Dios sus súplicas; y una noche se le apareció en sueños el santo obispo, le aseguró la sanidad, y le mandó que extrajese del lago Marcasio el cuerpo de su hermano y condiscipulo Eugenio, y le colocase en un lugar decente. Luego que despertó Hercoldo, conoció por la repentina sanidad con que se hallaba, que aquella vision habia sido celestial. Puso por obra inmediatamente lo que le habia mandado san Dionisio, y á poca diligencia encontró en el lago Marcasio el cuerpo y cabeza de san Eugenio, á quien construyó un templo magnifico en Diolo para que fuesen veneradas sus reliquias. Hallóse el sagrado cuerpo y la cabeza, despues de tantos siglos como habia estado entre el agua y el cieno, tan entero é incorrupto como si en aquella misma hora le hubiesen echado. Este portentoso, juntamente con los continuos favores que Dios dispensaba á todas las gentes de aquella comarca por la intercesion de san Eugenio, dió tanto aumento á su culto, que todas las gentes acudian á su patrocinio en las mayores necesidades. En una de ellas fueron llevadas las sagradas reliquias por los habitantes de Diolo á la iglesia de San Dionisios de París para hacer allí rogativas públicas con que aplacar los divinos enojos. Acabaron los Diolenses sus devotos ejercicios, y quisieron volverse á su pueblo en procesion como habian venido, llevándose consigo las reliquias de su santo mártir. Procuraron ejecutarlo por todos los medios; pero el arca en donde estaban encerradas las sagradas reliquias se hizo inmóvil, de manera que no fué posible conseguirlo. Entendióse ser voluntad de Dios que el santo quedase en aquel lugar; y aunque los Diolenses manifestaron al principio sumo dolor por la pérdida de tan gran te-

soro, se consolaron despues viendo que era determinacion divina el que san Eugenio fuese venerado en el mismo sitio en que lo era su compañero y condiscipulo san Dionisio. Esto se manifestó claramente; porque, habiéndose llegado los monjes de aquel monasterio á mover el arca, las sagradas reliquias se dejaron llevar fácilmente á una capilla, en donde la colocaron con grande aparato.

Mientras los Diolenses disfrutaban el precioso tesoro de las reliquias de san Eugenio, y los monjes del monasterio de san Dionisio se enriquecian con él á costa de los prodigios del cielo, la iglesia de Toledo, que era la verdadera acreedora á tanta riqueza, carecia, no solamente de las reliquias de su primer prelado, sino aun de la noticia de que este hubiese sido san Eugenio. El decurso de los tiempos, las varias irrupciones que padeció España en los primeros siglos del cristianismo, y lo que es mas que todo, el haber padecido el santo martirio en reino extraño, habia borrado de tal manera su memoria, que hubiera quedado para siempre aniquilada si un acaso dichoso no lo hubiera precavido. En el año de 1148 se celebró en Reims un concilio, al cual asistió don Raymundo, arzobispo de Toledo. Con este motivo, hallándose en el monasterio de San Dionisio de Paris, advirtió en la capilla de San Eugenio una inscripcion extraña que llamó todas sus atenciones. La inscripcion decia así: *Aquí descansa Eugenio, mártir, primer arzobispo de Toledo*, la cual, sin embargo del dictado de arzobispo, que ni en los primeros siglos, ni en todo el tiempo de los Godos tuvieron los prelados de Toledo, bastó para informarse de los motivos que tenian aquellos monjes para venerar al santo con este título. Reconoció los muchos y sólidos fundamentos deducidos del archivo del monasterio, que probaban una bien fundada tradicion. Persuadióse á que realmente aquel san Eugenio habia sido

primer prelado de su iglesia. Comunicó á esta noticia tan felices y agradables, y la puso en términos de que solicitase y consiguiese la traslacion de un brazo del santo desde el monasterio de San Dionisio á la santa iglesia catedral de Toledo. Sin embargo de haber conseguido esto, siempre suspiraba la santa iglesia por la entera posesion del primer padre de su fe; los cuales suspiros fueron oidos por Dios en tiempo de Felipe II, quien allanó todas las dificultades que no habian podido superar en otro tiempo muy poderosos monarcas. El hijo de Carlos V consiguió que los monjes de san Dionisio se allanasen á hacer la entrega de todo el cuerpo de san Eugenio; y habiendo dado comision á don Francisco Manrique de Lara, canónigo de Toledo, se dispusieron todas las cosas tan bien, que en 18 de noviembre de 1565 recibió la santa iglesia catedral de Toledo, y primada de las Españas, los sagrados despojos de su primer prelado y mártir de Jesucristo san Eugenio. Esta traslacion se hizo con toda la pompa y aparato que podia desearse en ocasion de tanto júbilo. El mismo rey Felipe II, Carlos, su hijo, y los sobrinos suyos, archiduques de Austria, llevaban sobre sus hombros la preciosa urna en donde iba guardado el preciosísimo tesoro. Colocóse en el altar mayor de la santa iglesia, en donde ha sido venerado como patrono, y el santo ha favorecido á los Toledanos y demás fieles del obispado como verdadero padre suyo.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

Santa Gertrudis, virgen. Hácese memoria de su tránsito el 17 de este mes.

Este mismo dia, la fiesta de san Eugenio, obispo de Toledo y mártir, discípulo de san Dionisio Areopagita. Habiendo acabado su martirio en la diócesis de Paris,

recibió del Señor la corona debida á sus padecimientos. Su cuerpo fué despues llevado á Toledo.

En Nola de Campania, san Félix, obispo y mártir, quien, desde la edad de quince años, llegó á ser célebre por sus milagros, y puso término á sus combates por la fe padeciendo martirio con otros treinta, bajo el presidente Marciano.

En Edesa de Siria, los santos Gurio y Samonas, martirizados bajo el emperador Diocleciano y el presidente Antonino.

En el mismo lugar, san Abibo, diácono, á quien el presidente Lisania mandó desgarrar con uñas de acero, y luego arrojar al fuego, bajo el emperador Licinio.

En Africa, los santos mártires Segundo, Fidenciano y Varico.

En Bretaña, la fiesta de san Maló, obispo, en quien brilló el don de milagros desde su mas tierna infancia.

En Verona, san Lupero, obispo y confesor.

En Austria, san Leopoldo, marqués de aquella provincia, puesto en el número de los santos por el papa Inocencio VIII.

En Bretaña, san Carné, venerado como mártir en Dinan.

En el Limosin, san Juniano, recluso.

En el Mans, san Pavino, abad.

En la diócesis de Albi, san Gerio, obispo de Cahors.

En Malamort, san Cezadro, obispo de Limoges.

Cerca de Mortagne, en el Perche, santa Serona, virgen.

En Toul, san Arnou, obispo.

En el Monte Valeriano cerca de Paris, el venerable Juan el Conde, solitario, que nunca comia hasta despues de puesto el sol.

En Hipona de Africa, los santos mártires Fidencio,

obispo, Calendion, Galan, Parant y otros diez y seis, en cuyo número se hallaban santa Valeriana y santa Victoria, á quienes menciona san Agustin en el primero de los tres sermones que compuso sobre estos veinte mártires.

Entre los Griegos, san Demetrio de Dabuda, mártir, bajo Maximino Daza.

En Spira, san Segundino, mártir.

Cerca de Vaserburgo en Baviera, los santos mártires Marino y Aniano.

En Colonia, el venerable Alberto el Grande, obispo de Ratisbona, del orden de los frailes predicadores, célebre por sus escritos, doctor de Paris.

En Italia, la bienaventurada Luca de Narni, de la orden tercera de santo Domingo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion  
la que sigue:*

Deus, qui presentem diem beati Eugenii martyris atque pontificis martyrio consecrasti: presta propitius, ut cujus annua celebritate letamur, ejus meritis donum tuæ gratiæ consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que consagraste este dia con el martirio del bienaventurado Eugenio tu mártir y pontífice, concédenos, Señor, que, por los méritos de aquel cuya festividad celebramos con alegría, consigamos el don precioso de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del capítulo 1 del apóstol Santiago.*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim

Carisimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque, cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por